

Horas de oficina:

DE ONCE A CUATRO

LOS DÍAS NO FERIADOS

Demi-Monde

Administradores:

F. BUENO Y COMPAÑIA

Fuencarral, 98, entresuelo.

Precio de suscripción: una peseta mensual, con derecho cada mes á un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE

ADÁN Y EVA



1. Libre Adán, y feliz é independiente, vivía con su *jemora* dulcemente. Probó ésta la manzana, y se abrió de la noche á la mañana.



2. (Entiéndase en sentido figurado; es decir, que se abrió para el pecado.) Llegó el diablo, que nunca vive ocioso, á perder á la esposa y al esposo.



3. Eva pasaba deliciosos ratos tendida en cueros vivos, sin zapatos, viendo aquel álbum que la dió el diablito, mientras pescaba Adán, hecho un... bendito.



4. Con las hojas de parra, en ocasiones, Eva solía hacerse polsiones; y en tanto que ella así se entretenía, Adán, siempre sudando, se aburría.



5. Ya la mujer, del todo extraviada, se vió en su desnudez avergonzada, que entendió, por aquellos figurines, lo expuesto que es andar... sin calcetines.



6. Modistas y joyeros, y maestras en gorros y en sombreros llegaban á porfía, cada cual á ofrecer su mercancía.



7. No dió en el Paraíso ni en España mucho fruto la pesca... así, con caña, y el pobre Adán, al verse tan... marido, se declaró poll'no distinguido.



8. Zapatos, medias altas, pantalones, camisas con bordados, polsiones... Eva tuvo de todo... y aún rabiaba, y el padre Adán con "otros dos... araba.



9. Valor, ingenio, juventud y nombre, todo por ella sacrifica el hombre, llegando á ser, conforme á su desso, héroe, noble, rufián, verdugo ó rey.



Hay semanas para todo.

Semanas tristes, semanas cómicas, semanas de ¡hig ay ay! Semana Santa, semanas de orden público ó semanas parlamentarias, semanas taurinas, literarias, de todo.

Hay rachas.

Dice el refrán: «Bien vengas mal, si vienes solo;» y es una verdad que se encadenan los sucesos alegres como los acontecimientos desgraciados.

En pocos días, ¡cuántos regocijos!

Primero... sinfonía.

Es decir, estreno de *Don Jaime el Conquistador* en el teatro del Príncipe Alfonso.

Don Jaime el Conquistador es el título de una obra escrita con mucho gracejo por el Sr. Jacques, y envuelta en música por el maestro Caballero.

Jacques es uno de esos escritores modestos, de quien no pudiera sospecharse aficiones literarias, á pesar de que escribía.

Pero *Cuba libre* fué la demostración de que Jacques puede hacer y ganar aplausos y la «santísima luz» en el teatro.

Don Jaime es otra prueba.

Ya había escrito y le habían representado al Sr. Jacques varios jugetes con palmas y tabacos.

Pongo por caso, *El tambor mayor*, estrenado en el teatro de la Comedia por Romea y Rosell, y que es una de las que quedaron de repertorio.

Al mismo tiempo que aplaudíamos aquí al autor de *Don Jaime*, se preparaban en Granada para la coronación (que se ha suspendido hasta la llegada del delegado regio) de D. José Zorrilla.

¡Ilustre vate, inmarcesible abuelo!...

como lo son también, en otro ramo,
Rafael Lagartijo y el Frascuelo.

«Las fiestas del genio» aún no han terminado en la gloriosa ciudad de Boabdil el Chico, ó Boabdillito.

Aquí me ocurre romper á cantar el himno del maestro y doctor Letamendi-médico-músico-cirujano.

Pero variando la letra, escrita en prosa por el mismo autor, que dice:

¡Viva Víctor, viva Víctor,
viva Víctor Balaguer!

Diciendo yo, es un suponer:

¡Viva Pepel! ¡Viva Pepel!
¡Viva Pepel... ¡y vivirá!

Pues á la par que coronaban al autor de *Don Juan Tenorio* y gloriosos compañeros Montoya, Espinosa y demás, iban á la plaza de toros las señoras, señoritas y caballeros de beneficencia.

Esto es: las personas que asistían á la corrida de la Diputación. Tampoco es esto.

Por fin:

Dejando á un lado la Montaña rusa,
como vamos al Circo, á la derecha,
trece mil personajes de ambos sexos
en coche, á pie, con bota ó con jumera,
iban á ver la fiesta de los toros.
(He roto al fin; cuando uno está poeta
mejor dice rimando lo que quiere,
que en prosa de Valera.)

¡Y qué corrida vieron los pícaros que acudieron á la fiesta!
¡Y qué señoritas vimos allí, subiendo la escalera de la izquierda,
como entramos en el establecimiento, por la puerta de Madrid, el Gordo
y yo!

¡Qué solidez de principios usan algunas!
¡Qué delicadeza de miras tienen otras!
En palcos y gradas vimos á lo más pschuttttt!
Estaba la T... que partía los corazones.
Berrenda en azul... ¡Ah!
La P... cárdena clara y con lunares...
Y Don Fulano de... Q., también con pintas.

La tarde, calurosa;
el cielo despejado,
igual que el Presidente...
Y creo que bastante hemos hablado.

E.



Correspondencia muy particular.

Carta que á esta Redacción de París deben mandar, y que vamos á insertar en la primera ocasión.

«Queridos B. y Compañía: á escribiros me decido, ya que estoy aquí... metido con toda la *highliferia*.

Creo que os agrada que haga ciertas descripciones de mujeres y... varones, que hay bastantes por acá.

No pinto á París, siquiera, porque ahora no me conviene, que lo hace todo el que viene, como si lo descubriera.

Os mando esa cortedad, que es un ramo de mujeres, vírgenes y sin quehaceres, de la buena sociedad.

Ganas de complacer, saben amar y sufrir. ¡Qué manera de sentir, y qué modo de querer!

Con las pasiones se inflaman y agradecen, sin mentira, al hombre que... que las mira. Chicos, ¡y cómo... se escaman!

He visto escenas terribles, por causa de esas pasiones maridos que con... razones han sabido actos punibles.

Pruebas de infidelidad de mujeres tan vehementes, que no hallan inconvenientes para la deslealtad.

Pero esto es una excepción, porque, lo mismo que ahí, hay cosecha por aquí... Señores, ¡cuánto... bribón!

Tipos de varias naciones, variedades infinitas, y todas las pobrecitas con iguales intenciones.

Se dice que un japonés ha degollado á su esposa, que era una chica preciosa, salvo el mirar del revés.

Que la engañó un alemán, y al otro día un suízo, y que no sé qué la hizo un súbdito del Sultán.

¡Qué tipos! ¡Qué figurones! ¡y dicen que Dios los cría!... ¡Ah! Ya os pintaré otro día la sección de... aberraciones.»

P.



El chiquitín de la casa.

es una imprudencia, repetía Dolores á su esposo, ó es una locura.

—¡Calla, mujer, si es un pobre chico! replicaba don Pedro, que era el esposo de Dolores.

Dolores era una jamona de mérito; excelente trapío, formas esculturales.

Vamos, una buena mujer para un *mandao*, como diría el portero, guardia viudo y padre de Orden público y de hija preciosa, muchacha de dieciocho años, que merecía la popularidad que disfrutaba en el barrio.

—Es una imprudencia, repetía Dolores, traerse á vivir en la casa donde hay dos mujeres á un muchacho de diecinueve años. Ya ves, tenemos una hija de esa misma edad precisamente, y yo, que al fin y al cabo...

—¿Tú también?

—Pero particularmente por la niña, no has debido cargar con el mochuelo.

—No tengas cuidado por el mochuelo; Isidrito es un joven que aún no está corrido como...

—¿Como tú, por ejemplo?

—Un *rucho*, que no conoce más que los límites de su pueblo y cabeza de partido...

—Sí; ándate en bromas con la cabeza.

—¿Cómo querías que me negara á cuidar del hijo de un amigo como Lesmes? Mi mejor elector y amo del distrito, y con ramificaciones en la familia del presidente.

—Pudiste cuidar del niño sin traerlo á casa.

—Bien, mujer; ahora, provisionalmente, le tendremos en casa con precauciones, y después, con cualquier pretexto, le llevaré á una casa de pupilos.

Efectivamente, Isidrito era un animal, pero no dañino por el pronto. Cuando llegó á Madrid y á la casa de D. Pedro, no hablaba del todo; mas parecía mugir unas veces y murmurar otras poéticos balidos.

No se atrevía á mirar de frente á las personas por temor de que se le entrasen por los ojos.

Y su padre le había recomendado varias veces que abriese los ojos en la corte, que había de tropezar con mucho pillo y con varias mujeres malignas.

D. Pedro le presentó á su esposa y á su hija.

Isidrito era un ejemplar de elefante de cría.

Grande, hasta llamar la atención del público inteligente, destartado, pero hermoso como ejemplar de su clase.

Dolores no le pareció mujer maligna, y mucho menos Rosarito.

Verdad es que si la madre era mujer de mérito, la chica era una preciosidad.

Esbelta y escultural.

De tales padres, tales hijos, dicho esto sin incluir á Perico, que no era feo, en clase de diputado, pero no escultural.

Isidro no se atrevía á comer ni á beber, ni aun á practicar las funciones más comunes de las gentes.

Saludaba á Dolores con cierta timidez nerviosa.

Y mucho más cuando Dolores vestía aquellas batas de finísima batista, que reproducían clara y exactamente todas sus formas.

Cuando llegó Isidrito, empezaba la estación de verano.

Rosarito no excitaba las fantasías de Isidro como Dolores.

La ley de las compensaciones.

Para los muchachos no hay mujeres como las jamonas.

Para los cerdos, digo, para los jamones, las muchachas.

Para algunos señores mayores, los fetos inconscientes.

El niño de D. Lesmes pasaba á Madrid para que D. Pedro le escogiese carrera y rompiese á estudiar inmediatamente, bajo la cariñosa inspección de tan buen amigo é influyente persona.

Durante la primera quincena, Isidro hacía vida de perro casero.

Apenas se atrevía á salir á las horas de comer y cuando le llamaban.

El resto del día lo pasaba encerrado en su habitación.

Dolores dijo á su esposo:

—Es preciso sacar á la calle á ese chico, porque se va á pudrir, ó á infestar la casa.

Como se dice de los perros.

—¿Quieres que le lleve al Congreso? preguntó D. Pedro á su mujer.

—No; que lo saques á pasear.

—Sí, ¿para que evacue sus necesidades?

Pero Isidrito, aunque parecía otra cosa, pasaba días tristes y noches intranquilas, en su jaula, leyendo en algunos libros sobre las Cortes y los presupuestos y aranceles de aduanas, y otros de tanto recreo como éstos, que le había prestado D. Pedro.

La voz de Dolores le resonaba en el corazón, primeramente.

Luego respondían todas las partes de su cuerpo.

Especialmente cuando, por descuido de la propietaria, le veía aquellas esculturales piernas.

Entonces hubiera querido atraerla con sus miradas.

Clavarla, si ella lo permitiera.

Verdad es que Dolores era una mujer de una vez.

—¿Por qué no sale usted, Isidro? le preguntó Dolores un día; puede usted estar con nosotros y no aburrirse ahí solo. Eso es malo, nada higiénico.

—No sé si incomodo, y temo, respondió el muchacho.

Aquel día salió Isidro; conversó con Dolores sobre cosas del pueblo y de la labranza.

Rosarito estaba en el gabinete.

El mozo no la echó de menos.

Para él no había más que Dolores á todas horas: la veía despierto, aun cuando no estuviese delante, y la veía en sueños con idéntica claridad.

La criada había dicho á la señora:

—Ese joven debe de estar enfermo, ó echará de menos á su familia y á su pueblo. ¡Si viera usted que lástima me inspira!

—¿Por qué, Remigia?

—Porque llora mucho.

—¿Llora?

—¡Ya lo creo! Como yo duermo en el cuarto pared por medio del suyo, le oigo quejarse y estremecerse en el catre. Un ruido que da miedo, señorita.

—¡Yal!

—Y como está una tan cerca...

—Pues haz el favor de no preguntarle, ¿eh?

—¿Yo? ¡Ni pensarlo siquiera!

Un mes había transcurrido, ó poco más, cuando sobrevino un acontecimiento grave, aunque esperado.

La doncella decía llorando á su señora:

—Es un bribón: fíese usted en el agua mansa...

—¿Quién había de creer?...

—Ha abusado de una manera horrible, y como estábamos solos en la casa, porque ustedes habían salido y la criada también...

Y no se sabe qué más diría, ni qué exageraciones pudo contar la chica; pero el resultado fué que Dolores, tanto por castigar al mozo como para convencerse de si la doncella había dicho verdad ó mentira, procuró quedarse sola en la casa con Isidrito.



—Veremos si este gigante es tan bravo y tan duro como dice esa muchacha, ó si miente.

Dolores no pudo desmentir á la doncella: era aún mucho más de lo que aquélla, por modestia, había dicho: mucho más grande el atrevimiento de Isidro.

Pero ella se había propuesto castigarlo.

Las lecciones de Dolores menudearon.

Ya el muchacho entraba y salía con frecuencia, sin necesidad de que D. Pedro le acompañase.

Y fuera culpa de él, ó fuera culpa de ella, resultó que la chica del portero pudo llegar á convencerse de lo mismo que se había convencido doña Dolores.

Los principales cuidados de ésta se reducían á no dejar en casa á Rosarito, cuando ella y su esposo salían á la calle.

Porque, como decía Dolores:

—El diablo las carga.

Pero como no bastan precauciones cuando está escrito que ha de suceder algo, ni dura más el... leal que lo que quiere el traidor...

Una noche, resuelto Isidrito á demostrar á Rosarito la pasión que no podía contener ni dominar, llegó á la habitación de la hermosa niña, que dormía tranquilamente.

Las prevenciones de Dolores no bastaron para infundir á Rosarito el saludable temor que debería conservar.

—Que no dejes de correr el pasador de la puerta de cristales todas las noches.

—¿Por qué mamá? preguntaba la joven.

—Hija, porque no venga el gato y te asuste.

¡Buena la puso de arañazos el pícaro gato!

Cuando D. Pedro volvió en sí, ya era ca... dáver, como dice Escrich en una novela.

¡Digo! ¿Pues y cuando se enteró el guardia de lo de su hija?

D. Pedro se contentaba con decir:

—¿Qué razón tenía Dolores al aconsejarme que no se lo trajese!

P



Una chica equilibrista, notable por su trabajo; sobre todo desde abajo, tiene gran golpe de vista.

BURLA BURLANDO

La Administración del periódico y Biblioteca *Demi-Monde* se ha trasladado á la calle de Fuencarral, 98, entresuelo.

—Baronesa, ¿va usted á Panticosa este año?
—¡Yo!... ¿Para qué? Muerto mi esposo, que era el que neccsitaba aquellas aguas...

—Es verdad; «muerto el perro...»

—¿Cómo tienes ese dedo de corazón, criatura!
—De coser. ¡Qué! ¡Si no puedo ya ni rascar la costura!
—¡Ay qué miedo!

—¡Adiós, nena!...
—Adiós. ¿Cuándo caerás tú por San Sebastián?
—En Agosto.
—Vamos, ¿cuando las corridas de toros?
—Eso es. Cuidado con los tiburones.

En el teléfono:—Tilín... tilín...
—Central, hágame usted el obsequio de ponerme en comunicación con la señora de H., núm. 708.
—No puedo complacer á usted, porque tiene descompuesto el aparato y no funciona.

—Anoche me sentó mal la manzana, decía Joaquinita á su doncella: ¡he pasado una noche!...
—Sí lo creo.
—Soñando cosas malas... ¡Ay, qué pena!
—Por eso yo jamás pruebo la fruta; si acaso, alguna pera.

En una sesión de espiritismo:
—¿Cuántos hijos tengo? pregunta al médium una señora casada.
—Cuatro, contesta aquél.
—¡Caracoles! ¡Pues si es cierto! dijo el marido. Ahora me toca á mí.
Y dándola de listo, pregunta:
—Y yo: ¿cuántos hijos tengo?
—Dos, contestó el médium.
El desdichado esposo cayó de espaldas.

—Ella era el ángel de mis amores, mi luz, mi vida, mi fe, mi encanto...
—¿Y ahora?...
—Pues tengo unos dolores, por mor de haberla querido tanto..

Dos buenas chicas se encuentran después de algunos meses.

Han sido compañeras de pupilage; pero á una la ha salido un caballero que la adopta, y la otra continúa en el mismo colegio de interna.

—¡Dichosa tú, hija! dice ésta á la protegida por la fortuna.

—Hija, replica la feliz; he tropezado con un hombre bueno y prudente, como dicen que era el Catón.

—Pues yo, murmura la otra, sigo con la cartilla.

Pedro, en una disputa, llamó á su esposa sin vergüenza y... rara; y ella, en compensación, calificó á su esposo de... bribón. La vecindad declara que no tienen los dos qué echarse en cara.

El general X se casa con la señorita de N. El cuenta cincuenta y seis años, y ella veintidós. Un primo de la muchacha la dice, al despedirse de ella en la iglesia donde se ha verificado la ceremonia:
—Ten cuidado no se te caiga el niño esta noche.

—Chica, ¿adónde vas tú tan tempranito?
—Pues á ver si me venden un cabrito.
—¿Para ti?
—Y otras doce cigarreras; hoy tenemos banquete en las afueras.

Ahora que está de moda.
—Método para extraer la solitaria, sin gastos.

—Vamos á ver.
—Comiendo bacalao crudo á todas horas, y no probando siquiera el agua.

—¿Y qué?
—A los quince días se encierra el paciente en un cuarto oscuro, y á corta distancia de un lebrillo lleno de agua, y el animal sale para beber.

—Diga usted que es la chipén, que á mí, cuando era joven y sufría de eso, en cuando que olía el bacalao, se me salía sola.

—Bien, mujer, deja la cesta: un conejo... diez...; ¿le dejo en diez reales?

—Sí, el conejo sabe el señor lo que cuesta.

—¿Por qué dirán ustedes que se ha suicidado un joven en Buitrago?

—¡Vaya usted á saber! ¡Hay tanto loco!

—Pues era mozo del reemplazo, y cuando le tallaron, vieron que no servía.

—Vamos, que se ha suicidado por corto.

—Vete.

—¡Pero Encarnación...

yo te adoro! Considera...

—Bien, pues déjame siquiera dos noches para el Barón.

—La ví á usted en el palco el día de la corrida de Beneficencia, Condesa.

—¿Sí?

—La conocí por las ligas.

—Usted siempre apuntando bajo.

E. RUBIÑOS, IMPRESOR, MADRID.



Escena primera. —ENRIQUETA (cantando):

«En esta postura
y de esta manera
se espera á la fiera
con serenidad.
Viene el bicho al bulto...
.....
y el alma me saca
y estamos en paz.»

(En las astas del toro.)

Tomos publicados.

- I. Il far niente.
- II. La Colegiala.
- III. En la misma tronera.
- IV. A salto de mata.
- V. Por un lunar.
- VI. Las niñas frágiles.
- VII. ¡No abuse usted!
- VIII. Reservado de señoras.
- IX. Un cuarteto peligroso.
- X. Los tres besos.
- XI. Pensión française.
- XII. ¡No me toque usted!
- XIII. Estaba escrito.
- XIV. Una señorita del coro.
- XV. Cuando ellas quieren..
- XVI. Cinco minutos en globo.
- XVII. Amor sáfico.
- XVIII. Errar el golpe.
- XIX. Las tres píldoras.
- XX. El forasterito.
- XXI. ¡Ponte la peluca!
- XXII. Amor libre.
- XXIII. La cortesana de Smirna.
- XXIV. El polvo del camino.
- XXV. Las gemelas.
- XXVI. Entre dos fuegos.
- XXVII. La niña rubia.
- XXVIII. Entremeses.
- XXIX. Dos enteros y un quebrado.
- XXX. El mono sabio.



BIBLIOTECA

Demi-Monde

Acaba de publicarse el tomo 60, titulado

El cuarto de hora.

Tomos publicados.

- XXXI. El hijo del destino.
- XXXII. La tuna.
- XXXIII. La reina de las peras.
- XXXIV. La vaina del espadín.
- XXXV. Tres eran tres...
- XXXVI. La Giralda.
- XXXVII. Foblás II.
- XXXVIII. El instrumento.
- XXXIX. Un conejo para dos.
- XL. Las de Garabatillo.
- XLI. Virgo y Capricornio.
- XLII. Consuelos conyugales.
- XLIII. Los polvos de Quiroga.
- XLIV. Las cantonales.
- XLV. Dos primos.
- XLVI. Refugio de pecadores.
- XLVII. La primera fresa.
- XLVIII. La noche de novios.
- XLIX. Figuritas de barro.
- L. Entrar con todas.
- LI. Los caprichos de Conchita.
- LII. Las medias rojas.
- LIII. ¡Usted no es hombre!
- LIV. Carambola conyugal.
- LV. Memorias de un cochero.
- LVI. Cornelio.
- LVII. Carne morena.
- LVIII. Carne blanca.
- LIX. Conde de Cabra.
- LX. El cuarto de hora.